

Corpus Christi – El milagro cotidiano

El Jueves Santo recordamos la institución de la Eucaristía, pero en la fiesta de Corpus Christi nos enfocamos en el misterio de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y la importancia que esto tiene para nosotros.

La primera lectura (del Deuteronomio) hace referencia al éxodo del Pueblo de Israel tras ser liberados por Yahvé de la esclavitud en Egipto. Durante 40 años tuvieron que atravesar un desierto “inmenso y terrible”, afrontado no sólo peligros exteriores (falta de agua y alimento, amenaza de víboras y alacranes.) sino también la tentación de ceder a la nostalgia y retornar a Egipto (imaginado, por contraste con el desierto, como lugar de la seguridad), una esclavitud interior producida por el miedo a la libertad.

Si pudieron sobrevivir a semejante desafío fue porque Yahvé no se limitó a liberarlos, sino que los cuida cada día de su marcha, dándoles agua de la roca y, sobre todo, el maná. Cuenta el relato del Éxodo, que un día, al amanecer, encuentran la arena cubierta con una especie de escarcha. Se preguntan ¿qué es esto? (*man-hu*, en hebreo) en referencia al origen misterioso, milagroso, y el aspecto humilde de ese “pan bajado del Cielo”. La liberación de Egipto había sido un acontecimiento prodigioso (las plagas y el cruce del Mar Rojo). Pero el maná representó el milagro cotidiano, humilde en su aspecto, pero vital para hacer posible el largo camino.



“La recolección del-maná en el desierto”, de Giovanni Battista Tiepolo

El maná con el tiempo adquirió una profundidad simbólica, la referencia a una realidad espiritual, la Ley de Dios, el modo de presencia cotidiana de Dios en la vida de su Pueblo: también la Ley era de origen divino (dada por Dios a Moisés en el Sinaí), y los

acompañaba en el Arca (que contenía juntas las tablas de la Ley y una vasija con maná). A eso se refiere la primera lectura cuando dice: “no sólo vive el hombre de pan sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”.

Así podemos comprender que, en el Evangelio de hoy (Juan 6,51-58), Jesús retome la imagen del maná y se la aplique a sí mismo. Él es “el Pan bajado del Cielo” y la Palabra “que sale de la boca de Dios” para darnos vida. Pero si Jesús se hubiera quedado aquí, se podría interpretar que el alimento del Cielo es simplemente su enseñanza, su doctrina o su Ley, no Él mismo en persona. Jesús sería nuestro alimento en un sentido simbólico, no real. Sin embargo, Jesús no se queda ahí: “El pan que yo daré es mi carne”, e invita a comer su carne como verdadera comida, y su sangre como verdadera bebida..

Muchos oyentes lo interpretan en sentido literal y se escandalizan. “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” Esta confusión está siempre al acecho (muchos adultos todavía recuerdan la insistencia de los catequistas en no morder la hostia). También existe una tendencia, en sentido contrario, de interpretar la presencia eucarística como puramente simbólica (en algunos lugares de

Europa, en el post-concilio, se llegó a descartar las hostias no consumidas después de la misa). Pero el sentido de estas palabras de Jesús es *espiritual* y *sacramental*.

Ante todo, Jesús se hace *real*, personalmente, presente en la Euc. Se produce una transformación real del pan en una nueva realidad, el Cuerpo de Cristo, lo que denominamos la *transustanciación*. Pero esa presencia del Señor no es estática sino *dinámica*: Él se hace presente en el acto de entregarse por ntros, y así se nos da. Y finalmente, es una presencia *sacramental*: no es puramente física ni puramente simbólica, es *espiritual* en el sentido fuerte de la palabra, más real que lo material; y es sacramental, porque no se conoce a través de los sentidos exteriores sino en la medida en que están asistidos por la fe. Por eso, aun finalizada la misa, el pan consagrado siguen siéndolo, y es reservado en el sagrario (que suele evocar el arca o el tabernáculo que contenían el maná) y allí podemos adorarlo, porque es y sigue siendo el Cuerpo de Cristo.



El camino de nuestra vida es un largo Éxodo, lleno de desafíos y peligros, no solo por las vicisitudes que nos sobrevienen, sino también por la tentación siempre al acecho de abandonar la fe, la que nos invita a mirar hacia el futuro, hacia la esperanza, la vida eterna, y aferrarnos a la nostalgia de aquello que nos hace sentir falsamente seguros y que suele atarnos cada vez más al pasado,

nuestro “Egipto”. Pero para poder recorrer nuestro camino hasta el fin, las ideas, la doctrina evangélica no son suficientes, aunque en sí sean verdaderas. Por sí solas no bastan, no tienen la fuerza para transformarnos, orientarnos, impulsarnos.

Benedicto XVI (*Deus Caritas Est*, n.1) decía que “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. Nuestra fe no consiste en el encuentro con ideas, sino con la persona de Cristo. La presencia real de Jesucristo en la eucaristía es vital para nosotros, los creyentes, es el alimento básico y esencial para nuestro camino. En cada comunión Cristo sale a nuestro encuentro, en esta concreta e irrepetible situación de mi vida. Está con nosotros de un modo más real que cuando estaba visiblemente presente con los apóstoles, aunque sólo puedo discernir esa presencia en la fe.

Por eso es tan importante esta festividad de *Corpus Christi*. Cuando en el Padre Nuestro pedimos “el pan nuestro de cada día”, estamos pidiendo sobre todo esa presencia cotidiana y providente de Dios en nuestra vida, y D nos responde dándonos el verdadero maná, el Pan Vivo bajado del Cielo, Jesús Eucaristía.

P. Gustavo Irrazábal